

*Paisajes Que Puedes Ver Pero  
de los Que No Puedes Formar Parte*

—Esto es para ti —dice Rumi, quitándose la gorra de béisbol y colocándomela en la cabeza—. Ahora sí que pareces una fugitiva.

Se ríe. Supongo que ya se ha dado cuenta de que no estoy de vacaciones sola. Me sonrojo, aunque ya es un poco tarde para avergonzarme. Me abraza con fuerza. Unas lágrimas calientes brotan de mis ojos y entierro la cara en su hombro suave.

—Rumi, muchísimas gracias...

—De nada —responde, dándome unas palmaditas en la espalda con amabilidad—. No te olvides de llamar a tus padres.

—¡No lo haré!

Estamos de pie fuera de la estación de Shin-Kobe. Detrás de mí, la campana de salida del Shinkansen suena sin parar. Sigo saludando con la mano hasta que el coche de Rumi desaparece en la distancia.

Vaya, me había olvidado por completo de Tamaki. Me agacho junto a una columna y abro apresuradamente la app de LINE. Tenía las notificaciones silenciadas.

—Cincuenta y cinco mensajes... —murmuro. Cincuenta y cinco mensajes de mi tía en un solo día. Esto es grave. No sé si debería abrirlos o dejarlos sin leer el resto de mi vida. Pero, ¿podré soportar la presión si el número sigue creciendo? Me armo de valor y pulso el icono de Tamaki.

—¿Cómo? ¡¿Que viene a buscarme?!

—¡Suzume! —dice Souta, asomando la cabeza de la bolsa para apremiarme—. Todavía podemos coger el siguiente tren. ¡Date prisa y compra el billete!

—¿Vamos a coger el Shinkansen?

—Es la forma más rápida de llegar a Tokio, ¿no?



Esta mañana, las fotos etiquetadas con #withDaijin mostraban lugares turísticos famosos como Kaminarimon en Asakusa y la Torre de Tokio, sitios que incluso una paleta como yo reconocería al instante.

—Viajar en Shinkansen hasta Tokio va a dejar mi cuenta a cero... —murmuro, pero compro el billete igualmente. Un cero acaba de desaparecer del saldo que había ahorrado con tanto esfuerzo de mi paga. —¡Me lo pagas luego, señor universitario! —le digo.

—Déjame a mí —responde mi bolsa deportiva, riendo.

Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he montado en el Shinkansen. Me bajo la gorra que me dio Rumi hasta casi taparme los ojos, miro nerviosa a mi alrededor en el vagón de asientos libres y elijo un asiento junto a la ventana, pegándome a la pared. El tren sale de la estación con un silencio casi chocante y acelera. Atravesamos varios túneles y, antes de darme cuenta, el revoltijo de edificios de la ciudad ha desaparecido. Cruzamos algunos ríos grandes y luego estamos en medio de campos y arrozales. Abro el mapa en mi móvil y la imagen se desplaza hacia la izquierda más rápido de lo que jamás había visto. Cuando le susurro esto a Souta, sorprendidísima, él dice:

—Sí, sí, es rápido.

Pero estoy tan emocionada que ni su indiferencia puede apagar mi ánimo. Mis ojos están pegados al paisaje que pasa volando por la ventana. Veo montañas, mar, edificios de todas las formas y tamaños, casas y fábricas y tiendas, caminos rectos y desiertos que dividen los arrozales, y una pequeña furgoneta avanzando a lo lejos. Puedo distinguir la diminuta figura de su conductor. Junto a un campo de arroz amarillo verdoso que se mece con el viento, hay una pequeña caseta de madera sacada de una película de época. En la ladera de una montaña, un cementerio refleja el sol. Junto a un río, veo a una pareja paseando un perro. Mientras todo pasa ante mis ojos, tengo el extraño pensamiento de que probablemente nunca estaré en ninguno de esos lugares. Estoy casi segura de que nunca entraré en esa tienda, ni pediré comida en ese restaurante familiar, ni veré pasar el tren desde esa ventana. Soy tan pequeña y la vida es tan corta; nunca podré ir a la mayoría de los sitios que



pasan volando fuera de la ventana. La mayoría de la gente del mundo está viviendo sus vidas ahí fuera, más allá de mi experiencia. La realización me golpea con una mezcla de sorpresa y soledad.

Mientras pienso en todo esto, me quedo dormida, y cuando despierto, el mar llena toda la ventana. Abro el mapa. Ya casi estamos en la prefectura de Kanagawa.

—Próxima parada, Atami —dice una voz computarizada desde el techo.

—¡Souta! —digo, casi llorando—. ¿Ya hemos pasado el Monte Fuji?

—Hmm, ahora que lo dices...

—¡No me puedo creer que no me lo hayas dicho!

—Perdón, perdón —responde él, quitándole importancia.

Para animarme, compro un sándwich, un café y un helado en el carrito de comida.

—¿Tanto querías verlo? —pregunta Souta.

—¿Y por qué no? —respondo.

Y, antes de darme cuenta, todo lo que veo son edificios. Un mar ininterrumpido de construcciones se extiende hasta el horizonte y sigue y sigue. Tiene una cualidad diferente a todo lo que hemos pasado, y la palabra metrópolis, que solo había oído en clase de geografía, me viene a la mente. El paisaje aquí está cubierto enteramente de cosas hechas por el hombre, a la escala de un mar o una cordillera. El aire húmedo y las masas de gente nos golpean en cuanto bajamos en la estación de Tokio. A punto de asfixiarme, sigo las indicaciones que salen de la bolsa deportiva, girando a derecha e izquierda mientras las olas de gente me arrastran. Llego al andén correcto, pero en cuanto encuentro un asiento en un tren con aire acondicionado, la voz de la bolsa me apremia:

—¡Bájate en la próxima parada!

Nos bajamos en una estación llamada Ochanomizu. Allí, compro una botella de agua fría en una máquina expendedora cubierta con una pantalla negra brillante, como sacada de una película de ciencia ficción, y me la bebo al final del andén. Cuando por fin



recupero el aliento, miro de reojo la bolsa que cuelga casualmente allí.

—¡Siento que te estás riendo de mí!

Souta se ríe.

—Antes de buscar a Daijin, hay un sitio al que quiero ir. ¿Te importaría hacer una llamada por mí?

—¿Eh?

—El número es...

—¡Espera un segundo!

Tecleo el número a toda prisa, pulso el botón de llamada y acerco el móvil a la parte trasera de la silla. Deja de sonar y una voz femenina dice:

—¿Kinuyo? Soy Souta. Siento no haber dado señales de vida.

¿Eh?

—...Sí, estoy bien. Me alegra oírte tan bien —dice, con un tono demasiado familiar. Y remata con una risa demasiado galante.

¿Qué...?

